

Lo real en la historia es una dependencia o conjunto, un entramado de hechos convergentes en una situación, viene a mantener Maravall; resulta lógico también que como legado de las filosofías vitalistas y existencialistas, nuestro autor haga uso en estos años cincuenta del concepto de «situación» y entienda que en toda unicidad del pasado se da un tejido de relaciones situacionales entre sus componentes. La situación es la «circunstancia» orteguiana, la «condición para que pueda haber cosas para el hombre» de Zubiri, y por ello es «lo que constituye la realidad del individuo en cuanto ser social»¹¹.

Lo histórico no posee otra individualidad que la de los hechos en la «circunstancia» global en la que se dan, y así lo expone nuestro autor: «Lo individual de la Historia —dice— no está en el dato aislado, sino en la conexión irreplicable en que se da. Lo individual es el conjunto; el hecho histórico no es un dato, es un encadenamiento. La singularidad de la historia es la singularidad del conjunto, un conjunto en el que se da una recíproca solidaridad de las partes»¹². Con el estímulo del pensamiento científico y a la vez del filosófico de las décadas primeras de nuestra centuria, Maravall propone entender el pasado en tanto una sucesión en parte discontinua de «estructuras» o «situaciones» temporales definidas y caracterizables cada una: «A esos conjuntos articulados —dice en efecto— en los que se nos dan los hechos históricos los llamamos *estructuras*»¹³.

El curso de los acontecimientos no está sometido sólo a lo meramente fortuito y no es desde luego errático; tampoco es necesario o ineluctable sino que se halla condicionado por la concurrencia global de factores y circunstancias. Cada unidad o unicidad estructural del pasado constituye una forma de vida histórica, forma de vida que posee determinada vigencia pero que en algunos de sus aspectos puede prolongarse por muy largo tiempo; las estructuraciones o concreciones del modo de vida de los hombres, por injustas y aberrantes que *a posteriori* puedan parecer, perviven a veces muy largamente.

En definitiva ocurre que «los acontecimientos históricos están determinados por su relación con la totalidad de una estructura», y en tal estructura quedan configurados realmente en cuanto tales; su figura exacta no resulta sino de su conformación situacional¹⁴. Por su sustancia o su morfología los elementos componentes de una situación dada pueden resultar idénticos a los de otra, pero el sentido de los mismos no es en definitiva sino el que deriva de tal situación estructural. El pasado consta de estructuras unas de mayor duración o vigencia que otras, y que por lo tanto se acumulan e intersectan en el decurso temporal; en realidad cualquier época o período pretérito es una configuración de un modo de estar organizada la vida, en la cual convergen y se superponen formas parciales de vida de una u otra vigencia.

¹¹ Cfr. orientadoramente José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Madrid, 1979, pp. 3.069 b-3.071 b, pero hay bastante bibliografía más.

¹² Teoría..., p. 74.

¹³ *Ibidem*, p. 146.

¹⁴ Cfr. *ibidem*, p. 167.

En contra de los «caracteres» de los pueblos

En 1963 don José Antonio, en un artículo de la *Revista de Occidente*, expuso su idea ya expresada con anterioridad de «el mito de los caracteres nacionales», mito de los caracteres permanentes de las culturas nacionales que califica de «una falacia».

Estamos en efecto ante una falacia desde el punto de vista científico que además no resulta inofensiva, pues en tales caracterizaciones nacionales subyacen actitudes ideolo-

gizadas, intereses o posturas ideológicos implícitos e inconscientes o en ocasiones francamente conscientes; desde diversas posturas militantes se argumenta con esta creencia en los caracteres permanentes de cada cultura en defensa de unos u otros intereses, o como manifestación implícita de actitudes ideológicas asumidas. Maravall lo subraya pertinentemente:

Cabe sospechar —escribe— si el mito de la bravura y del desprecio a la vida formulado como estereotipo nacional se apoya en intereses belicistas; si el del fideísmo y anti-racionalismo, en intereses clericales...; o el de la sobriedad y los valores de la vida dura y áspera, en la política de bajos salarios... Hoy en general la apelación al «carácter nacional» y el uso de estereotipos en la política, es una manifestación de sociedad quietista, estática, sirve a una ideología conservadora¹⁵.

En efecto, todo recurso a la creencia en los caracteres permanentes de los pueblos supone una actitud de inmovilismo social, de inducción a un estatismo interesado y deseado; a veces no se trata de que el autor busque estos resultados, sino de que objetivamente coincide con ellos, pero en cualquier caso nos encontramos en verdad ante estereotipos que tienden a provocar el inmovilismo de la vida colectiva, se busque o no ello.

Ya cuando nuestro autor estudió en 1959 la obra historiográfica de Menéndez Pidal, se había manifestado contrario a estos «caracteres poco menos que indelebles de los pueblos»; en realidad alude sin nombrarla a la interpretación orientalista de nuestro pasado de Américo Castro, y ante ella subraya en cambio la pertinencia de la interpretación romano-germánica pidalina:

Pero esto no le hace caer en absurdo desorden y desproporción, al tratar de aquilatar la realidad histórica española, y no se le ocurrirá suponer que el ejemplo de un uso lingüístico limitadísimo y trivial, o de un solo verso entre miles en un poeta emparentado con todo lo europeo, ponga ante los ojos de los demás la más íntima estructura espiritual y religiosa del pueblo en forma insuperable. Menéndez Pidal considera plenamente como un europeo, ligado en cuanto tal a la línea juglaresca y culta medieval, al Arcipreste de Hita, a pesar de que escriba cantigas de arábigo. Nadie como este ejemplar maestro que es Menéndez Pidal se ve quizá tan libre de la inadmisibile tendencia a explicarlo todo por una pretendida «peculiaridad» española.¹⁶

Como puede verse, la alusión y la discrepancia respecto de don Américo resultan nítidas, aunque tal disentiendo no implica falta de estimación personal; precisamente Maravall insistió mucho en la nobleza de alma con que, a la vez que se discrepaba en el trabajo científico, había que estimar moralmente a los demás estudiosos, y ello frente a la costumbre banal de hacer de las diferencias profesionales rupturas personales.

Lo que nuestro autor aprecia en Menéndez Pidal es su identificación primera de la cultura española con la europea, lo que lleva a no ver en nuestro pasado ningún casticismo privativo; «España no es diferente» y no debe serlo, viene a mantener historiográfica y políticamente don José Antonio. Pero ocurre —porque las cosas son matizadas y complejas— que Menéndez Pidal mantuvo a veces la idea de la existencia de caracteres primordiales de la historia española; nuestro autor destaca, en el estudio que le dedicó, las veces en que no fue así, y guarda silencio respetuoso y discrepante respecto de los

¹⁵ J. A. Maravall, «Sobre el mito de los caracteres nacionales», *Rev. de Occidente*, 2^a época, 3, 1963, pp. 257 ss.: pp. 273-274.

¹⁶ Menéndez Pidal y la Historia..., p. 156.

escritos en que lo hizo. Como es muy sabido, don Ramón prologó su *Historia de España* con unas amplias páginas acerca de «Los españoles en la Historia»¹⁷.

La diferencia en el concepto de los caracteres nacionales entre Maravall y Menéndez Pidal no hizo que en otros resultados historiográficos uno y otro autor dejaran de coincidir; por ejemplo en 1934, la *Revista de Occidente* orteguiana publicaba un artículo del joven José Antonio Maravall, «Castilla o la moral de la creación», en el que el valenciano se hacía eco inequívoco del maestro coruñés; a nadie escapará que el propio título de este escrito refleja ya una tesis pidalina, como también es visible el entrecruzamiento de la filosofía de Ortega y la historiografía de don Ramón en algunos de los pasajes del artículo:

La original aportación del español a la Historia, es un ejemplo noble de la moral de la creación. Los entusiasmos colectivos brotaron una época en Castilla ante una empresa moral, lanzando a la acción, a la creación de nuevos hechos perdurables. En ese momento pudo Castilla vivir con plenitud su participación en la historia universal. Cualquiera de sus actos auténticos respondían al entusiasmo y vida que encendía en el alma castellana una empresa moral activa, afirmativa... Si algo nos dice la vieja Castilla es la necesidad vital de obrar, de mantenerse en activo viviendo hacia adelante... Castilla, puesta a vivir su destino, haciendo de la vida empresa ética, da a la Historia una nación, un Estado, una literatura, un ejército, un idioma, etc., etc., inventados por ella.

La impronta del pensamiento de Ortega nos parece clara en este escrito juvenil, pues está presente en la concepción de la vida como entusiasmo, como moral activa y creadora volcada hacia adelante. Por otra parte tal vitalidad creadora se identifica históricamente con Castilla, lo que es una idea pidalina y asimismo orteguiana: Castilla ha hecho a España con su idioma, su literatura, su nacionalismo afortunado,...

Las configuraciones de la historia

De nuevo tendría que volver Maravall al concepto de qué es una «estructura» del pasado al componer su libro *La cultura del Barroco*; este trabajo en efecto se subtitula «Análisis de una estructura histórica», y consiste en una muestra operativa de esta idea de las formaciones o épocas pretéritas con que nuestro autor había hecho historiografía desde su primer libro. Lo histórico es estructural, y así lo entiende y lo aplica el profesor valenciano.

El «Prólogo» de la presente obra de 1975 insiste otra vez en la relevancia empírica del concepto de «formación» del pasado: el tiempo lineal no es la historia, que por contra consiste en formaciones o tipos de modo de vida. Maravall advierte que al enfocar el barroco no hace tanto estudio de estructura cuanto el estudio de una estructura¹⁸; ciertamente es así, pues no se trata de una estimación cuantitativa o de la reconstrucción de uno o varios aspectos estructurales de un pasado, sino del análisis del barroco en cuanto formación histórica pretérita, en cuanto es una de las estructuras globales que se han sucedido en el transcurrir de la comunidad española.

Don José Antonio evoca en este Prólogo la anterior *Teoría del saber histórico* que ya hemos visto, y expone otra vez su idea de que lo adecuado empíricamente es el análisis

¹⁷ Nuestra idea —que difiere asimismo de la pidalina— de cómo se han de enfocar los «caracteres» de las letras hispanas, la hemos establecido en *Caracterización de la literatura española y otros estudios*, Madrid, Tapia, 1983.

¹⁸ J. A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona, 1975, p. 16.